

MÉDICOS Y PROFETAS EN LA AGONÍA DE ENRIQUE II: ecos del pasado para una actualidad problemática

ALBERTO ENRIQUE D'OTTAVIO*

Profesor Titular Ordinario de Histología y Embriología, Facultad de Ciencias Médicas.
Investigador Principal del Consejo de Investigaciones, Universidad Nacional de Rosario

Enrique II, nacido y muerto en Francia, vivió en la primera mitad del siglo XVI (1519-1559). Perteneciente a la Casa de Valois, fue hijo de Francisco I –protector póstumo de Leonardo Da Vinci– y de Claudia de Francia, y reinó de 1547 a 1559.

Se casó a los 14 años con la nada agraciada Catalina de Médicis con quien engendró diez hijos, luego de resolverse un hipospadias que lo aquejaba,¹ tras otros tantos años de matrimonio. Entre ellos cabe citar a Francisco, quien lo sucedería como rey de Francia, y a Isabel, futura consorte de Felipe II de España.

Mantuvo simultáneamente una relación amorosa paralela con Diana de Poitiers, veinte años mayor que él, amada antes por Francisco I. A ella, con quien tuvo una hija (Diana de Valois) le obsequió el Palacio de Chenonceaux sobre el río Cher, afluente del Loira, y el de Anet, en Francia central, que fue el lugar de inhumación de Diana; además le construyó una galería con su nombre en el Palacio de Fontainebleau de la Île-de-France.

Muy influenciado tanto por Diana cuanto por otros validos, su reinado es valorado como insustancial, al igual que su personalidad. Presenció la derrota del emperador Carlos V contra el que su padre había luchado sin éxito, y contribuyó a generar las Guerras Francesas de Religión (1562-1598), posteriores a su deceso, a causa de su defensa ardiente de la fe católica contra la Reforma protestante. En tal sentido, las discordias iniciales surgidas de destrucciones de reliquias sagradas católicas por parte de los protestantes se politizaron a

finales del reinado de Enrique II y, a su muerte, los partidos religiosos prepararon sus estructuras militares durante un trienio.

Sobre las discrepancias religiosas se trasladaron enfrentamientos políticos, luchas sociales, divergencias culturales y una tensa situación europea. En este acotado contexto histórico ocurrió el hecho que nos ocupa.

Michel de Nostredame o Nostradamus (1503-1566) nació en el sur de Francia en el seno de una familia judía conversa. Estudió en Avignon y se convirtió en apotecario. Se inscribió luego en la Universidad de Montpellier para estudiar Medicina, pero al descubrirse su oficio de boticario fue expulsado. Sus habilidades farmacéuticas lo llevaron a crear una denominada “píldora rosa”, supuestamente rica en vitamina C, para combatir la peste bubónica que asoló Europa durante el siglo XVI.

Empero, su trascendencia histórica proviene de la descripción de hechos posibles de futura ocurrencia estructurados en cuartetos que, a su vez, agrupaba en centurias y a las que oscureció mezclando distintas lenguas y empleando artilugios lingüísticos para eludir a la Inquisición francesa. Una cuarteta (Centuria I, Cuarteta XXXV), publicada en 1555, lo haría famoso en ese entonces; fue la que profetizaba en francés medieval: *Le Lyon ieune, le vieux surmontera, En champ bellique par singulier duelle: Dans cage d'or les yeux luy creuera, Deux classes vne, puis mourir mort cruelle*, y que podría traducirse: *El león joven al viejo someterá, En campo bélico por singular duelo, En jaula de oro los ojos le atravesará, Dos heridas en una, después morir muerte cruel*.

* Correo electrónico: aedottavio@yahoo.com.ar

1. Catalina, por su parte, habría aportado lo suyo ingiriendo previa y complementariamente un elixir para la fertilidad preparado por Nostradamus y consultando varios médicos que –según versiones– le allegara la propia Diana de Poitiers.

Precisamente, durante los esponsales de su hermana Margarita con el duque de Saboya y de su hija Isabel de Valois con Felipe II, rey Austria de España (estos últimos ausentes) y prescindiendo de la advertencia del vidente Luca Gaurico, Enrique II participó de una justa deportiva celebrada en París, junto a L'Hôtel des Tournelles.

La misma se llevó a cabo contra el jefe de su guardia escocesa, el calvinista Gabriel, conde de Montgomery y señor de Lorges (1530-1574)² —a quien algunos adjudican amoríos con Catalina de Médicis—.

Cabalgando uno hacia otro, con leones labrados en sus escudos, la lanza del joven oponente se rompió y una astilla ingresó por la mirilla del real yelmo dorado atravesando ojo izquierdo, cerebro y oído izquierdo.

Su agonía se prologó aproximadamente por 10 días.

Durante ese lapso, coincidieron a la vera del rey moribundo dos médicos que serían relevantes en la historia de la Medicina como padres de la Anatomía y de la Cirugía modernas, respectivamente: Andrés Vesalio y Ambrosio Paré, cirujano real. Este último fue autorizado a reproducir la herida en algunos condenados decapitados para investigar cómo y de qué forma poder curarla.

Andrés Vesalio (1514-1564) fue autor de un importante libro anatómico: *De humani corporis fabrica*. Estudió en las escuelas médicas de Lovaina y París, graduándose de bachiller en Medicina en la primera de ellas. Se doctoró en Medicina en la Universidad de Padua, donde fue docente; también enseñó en Pisa y Bolonia, disecando cadáveres humanos. Demostró errores de Aristóteles, Mondino de Luzzi, y de Galeno, cuyas investigaciones habían sido realizadas en monos de Gibraltar (*Macacus sylvanus*) suponiendo similitudes con el ser humano. Entre otros, Vesalio descubrió que el corazón era tetracavitado, y el hígado bilobulado, y que los vasos sanguíneos surgían del corazón (y no del hígado como se conjeturaba en esa época).

Como Profesor de Anatomía en Padua, Vesalio

fue sucedido por Mateo Renaldo Colombo (1516-1559) —a quien evoca Federico Andahazi en su premiada novela *El Anatomista*— quien fue sustituido a su vez por Gabriele Falloppio (1523-1562).

Por su parte, Ambrosio Paré (1510-1590), hijo de artesano y prostituta, se vio privado de formación académica por su humilde origen. A la sazón, se inició como aprendiz de cirujano-barbero, hizo una “pasantía” por un astroso *Hôtel-Dieu* y se alistó finalmente como cirujano del ejército francés. Eso explica su libro más destacable: *Méthode de traiter les plaies faites par les arquebuts et autres bastons à feu, et celles qui sont faites par la poudre à canon* y muchos de sus aportes quirúrgicos. Entre ellos, descubrió que las heridas producidas por la pólvora no estaban envenenadas como se suponía equívocamente y reemplazó por una pomada con yema de huevo, aceite de rosas y trementina su vigente tratamiento con aceite de sauco hirviendo, reveló que para detener las hemorragias en las amputaciones era preferible la ligadura de los vasos arteriales a la entonces habitual cauterización con hierro candente, empleó una técnica correcta para extraer proyectiles de las heridas, usó drenajes en el tratamiento de los abscesos, creó prótesis para amputados y bragueros para hernias e inventó numerosos instrumentos para Cirugía.

Fue médico de cámara del rey, y tan apreciado que eso lo libró de la muerte durante la matanza de hugonotes (protestantes franceses de doctrina calvinista) en la noche de San Bartolomé. En honor a sus logros, en 1584 recibió el bonete de doctor en Medicina de la Escuela de Medicina de la Universidad de París.

Como ya se dijo, dos científicos lucharon codo a codo tratando de salvar a Enrique II de la muerte profetizada por Nostradamus: Paré, quien estimaba poder recuperarlo, y Vesalio, que se inclinaba por la imposibilidad de hacerlo.

Si bien se cumplió el presagio sin que aquellos científicos e inventores pudieran revertirlo, la notabilidad alcanzada por Vesalio y Paré con el paso de los años dentro de la Historia de la Ciencia en general y del ámbito médico en particular, a la par que Nostra-

2. Rescatado en la novela *Las Dos Dianas* de Alejandro Dumas, fue hecho ejecutar por Catalina de Médicis dieciocho años después de la muerte de Enrique II. Su descendiente más famoso fue el General de igual apellido que se destacó durante la Segunda Guerra Mundial.

damus quedaba envuelto en un persistente misterio, habla a las claras que las competencias científico-tecnológicas terminan por prevalecer sobre mitos y leyendas por creíbles que luzcan.

Bien pueden las enseñanzas del siglo XVI ser de utilidad en esta modernidad tardía en la que la irracionalidad y los intereses espurios suelen postergar los

esfuerzos serios, rigurosos y fundamentados de la Ciencia indisolublemente ligada a la Ética.

No siempre los aciertos son perecederos, ni los fracasos infructuosos.

(Recibido: diciembre de 2007. Aceptado: enero de 2008)

BIBLIOGRAFÍA

- Barón Fernández J: *Andrés Vesalio, su vida y su obra*. Instituto Arnaldo de Vilanova; Madrid, 1970.
- Cole R. *Historia de Francia*, 2ª edición. Celeste; Madrid, 1989.
- De Fontebrune J-Ch: *Nostradamus: historiador y profeta*. Círculo de Lectores; Barcelona, 1982.
- Halligon JL: *Ambroise Paré, chirurgien de guerre*. Arnette; París, 1946.
- Laín Entralgo P: *Andrés Vesalio*. En “Grandes médicos”. Espasa-Calpe; Barcelona, 1961.

*Sólo los mediocres
están siempre en su mejor momento.*

JEAN GIRAUDOUX

Nadie puede saberlo todo.

HORACIO